

Un libro de Salvador Madariaga

Ha publicado recientemente un interesante libro D. Salvador Madariaga, ex Ministro de Instrucción pública de la segunda República, que se titula "*Anarquía y Jerarquía: Ideario para la Constitución de la tercera República española*".

Es curiosa la reacción que en un hombre calificado entre los de extrema izquierda, han causado los acontecimientos acaecidos en España durante la segunda República, en cuyo periodo candente aceptó un puesto de Ministro — aunque fuese por pocos días —, y que ahora, a raíz del alzamiento de octubre, publica un libro en el que pone en entredicho todo el credo democrático, parlamentario, liberal e igualitario en la forma que tremoló la revolución triunfante.

Aspira en él a enterrar, en lo más profundo, la segunda República, y nuevo Platón, traza para la tercera una constitución, en la que el orden jerárquico se ofrece como antítesis de la anarquía imperante en España, que según afirma, nos ha conducido al bárbaro procedimiento de ventilar los problemas políticos con los horrores de una guerra civil.

La índole de este periódico nos impide entrar en el análisis de las ideas generales que expone con gran brillantez el señor Madariaga, el cual, aunque habla como filósofo y político, no olvida su condición de ingeniero, título que alcanzó en la vecina República francesa ingresando en la Escuela Politécnica, y después en la Especial de Ingenieros de Minas, que, como se sabe, es en dicha nación el título profesional máspreciado. En la imposibilidad de ejercer su profesión en país extranjero, vino a España, donde prestó servicios técnicos en la Compañía de los ferrocarriles del Norte; pero sus aficiones políticas le hicieron pronto cambiar de derrotero, y como persona de gran valía y extraordinaria cultura, es hoy, después de haber sido Embajador y Ministro, miembro destacado en la Sociedad de Naciones, donde hace lucido papel. Escribe y habla con la misma perfección en su idioma natal, como en francés e inglés; así que sus ideas tienen gran resonancia e influjo. Por eso me voy a permitir hacer algunas observaciones a lo que dice en el capítulo que dedica a la cultura nacional, especialmente cuando se refiere a la coordinación de los estudios superiores.

Resume su pensamiento en esta materia diciendo que "la Universidad debe ser el crisol en que se forja el alma de nuestras clases directoras y en donde han de recibir todas ellas el espíritu de unidad nacional, que las eleve por encima de sus egoísmos de clase".

Para llegar a esta conclusión sostiene en capítulos anteriores, y en términos generales, que el gran mal que padece España es lo que califica de hipertrofia del yo, que impide toda labor colectiva y engendra la *cuerpocracia*, lo que por lo que a la Ingeniería se refiere, fomenta el espíritu de cuerpo, que se sobrepone a la eficacia de los servicios que les están encomendados. Este espíritu maligno, nace en la escuela especial del cuerpo, que guarda la entrada y "se instala en una Dirección general o en un Ministerio y le convierte en coto cerrado. Como hay que defenderla contra el intruso, se apodera de ella una guarnición de compa-

ñeros dispuestos a enseñarlo todo con igual competencia o incompetencia con tal de que ningún extraño pueda penetrar en la ciudadela, que guarda la puerta al castillo de los privilegios. Así, contra toda economía, equidad y eficacia técnica, las escuelas se multiplican y las cátedras se especializan con arreglo, no a lo que se enseña, sino a quien se enseña. Con lo que en Madrid se gasta en enseñar Ciencias Exactas, en un par de docenas de escuelas, por personas aptas o inaptas, pero sólo encargadas de enseñar "por ser del cuerpo", se podría instalar en la Universidad Central una magnífica Facultad de Ciencias con laboratorios bien dotados y profesores bien retribuidos. Pero esto implica la abolición de numerosas plazas de ingenieros de caminos, minas, industriales, agrónomos, de montes, electrotécnicos, de telecomunicación, de arquitectos y quién sabe si más cuerpos del Estado, con el consiguiente peligro de ver comprometido el dominio del Cuerpo sobre la entrada al escalafón".

Con tan falsas premisas deduce, que "las clases directoras de España semejan a las tribus marroquíes, y la mejor manera de sugerir su psicología es prefiar el nombre de la clase con un *beni*: los *beni-médicos*, los *beni-arquitectos*, los *beni-ingenieros* de Caminos, los *beni-minas*, los *beni-agrónomos*, etc., otras tantas tribus que han plantado sus tiendas en tal o cual sector del presupuesto del Estado o de la vida nacional, y ¡guay del que se acerque!".

El remedio de tan graves males está, según Madariaga, en infundir en la enseñanza el espíritu universitario, "concentrando toda la enseñanza superior en la Universidad", dejando reducidas las de las escuelas especiales, a la especialidad comprendida en un sentido más estricto. Alcanzado este ideal se crearía "una Comisión permanente de formación de funcionarios (C. P. F. F.), compuesta de personas de indiscutible competencia y autoridad, escogidas en lo posible, fuera de la política, en las altas esferas de la intelectualidad. Esta Comisión dependería de las Cortes, pero no del ejecutivo".

"Los escalafones, a base de título expedido por una escuela, quedarían a extinguir. En un Estado bien organizado no existirá un escalafón de funcionarios como por ejemplo de Ingenieros de Caminos, que hoy sirven para todo. Los habría de Puertos, de Ferrocarriles, de Obras Hidráulicas. Ingresarían por concurso *ad hoc*, cuando hicieran falta, vinieran de donde vinieran. El Cuerpo no lo definiría la escuela, sino la ocupación", e insistiendo en la misma idea y refiriéndose a la Escuela Especial de Minas, dice, que "el ingeniero de Minas que saliera de la escuela especial, se las buscaría como pudiera en la profesión, sin tener jamás, ni tarde ni temprano, derecho *a priori* a ingresar en el Cuerpo. Cuando el Estado necesitase no un ingeniero de Minas, así en general, sino un ingeniero de Minas para el cobre, para la potasa o el carbón, abriría un concurso ante la Comisión permanente de formación de funcionarios (C. P. F. F.), al que podría acudir el ingeniero en cuestión para conquistarse el cargo en buena lid con otros ingenieros, quizá de otras escuelas". No especifica si nacionales

o extranjeras, pensando sin duda en los estragos abominables del *yolismo*.

No vamos a detallar las atribuciones que concede a la C. P. F. F., dependiente de las Cortes, pues basta exponer esta idea original al aire libre, para ver que no tiene condiciones de vida. ¿Quién va a elegir esas personas fuera de la política, en las altas esferas de la intelectualidad encargadas de la ingrata labor de estudiar programas, organizar Tribunales de concurso, nombrar los funcionarios elegidos, dirimir sin apelación las quejas, etc.? ¿El Gobierno? ¿Las Cortes? De cuanto dice el señor Madariaga, sin pies ni cabeza, acerca de la formación de la nueva burocracia para salir del caos de la actual, que supone sujeta al capricho ministerial, sólo estamos conformes con el elogio sentimental que hace de la simpática *taquimeca*.

* * *

Y vamos a examinar en serio el papel que en toda la regeneración del Estado español concede el señor Madariaga a la Universidad. Es interesante el tema; porque abunda en ideas, que actualmente reinan en las alturas del Ministerio que rige la cultura nacional, donde impera desde hace pocos años la idea simplista de que la enseñanza en todos sus grados debe estar concentrada en un solo Ministerio y la enseñanza superior en la Universidad.

Para despojarnos en este examen de toda pasión, olvidémonos de las comparaciones cabileñas que se permite hacer el señor Madariaga, impropias de quien se ha especializado en misiones diplomáticas. Las buenas formas hay que guardarlas no sólo fuera de casa, sino también en la intimidad. Los ingenieros españoles no merecen el trato despectivo ni los injustos ataques que les prodiga quien ha hecho, por circunstancias personales, sus estudios de ingeniería fuera de España y que al no poder ejercer la profesión en el país que le dió el título, es bien acogido en el suyo entre ingenieros de distintas especialidades, cuyo alto nivel cultural, científico y técnico pudo apreciar de cerca.

La Universidad debiera ser, en efecto, en todo país bien organizado, un lumínar que irradiase cultura y ciencia, sobre todo cultura. Esto sostiene con razones copiosas Ortega y Gasset en su estudio sobre la "Misión de la Universidad". Si hubiera en ella una Facultad especial encargada de formular la cultura, como propone dicho eminente profesor, sería el foco en el que convergerían todas las demás Facultades y las Escuelas especiales, para adquirir e incorporar, casi a la esfera de lo inconsciente, los conocimientos básicos de la existencia contemporánea, o sea la cultura.

Esta fué antes la casi única tarea de la Universidad, que hoy se halla convertida en un conglomerado de Facultades de enseñanzas profesionales, sin nexo alguno. Entre las Facultades de medicina, farmacia, derecho, ciencias exactas, físicas y naturales, filosofía y letras, veterinaria, etc., existen menos vínculos que entre las escuelas especiales entre sí, y de algunas de estas con aquella misma.

En la Universidad se dan todavía, como reminiscencia del pasado, cursos de carácter general de filosofía, historia, etc., pero no de un modo integral que abarque toda la cultura, que si no es general, no merece ese nombre.

Prácticamente, la Universidad actual es un conjunto deshilvanado de escuelas especiales profesionales, y como tales muy inferiores en ciencia, técnica y

disciplina ciudadana a las especiales de ingeniería, por lo que éstas infunden con más vigor que aquélla a sus escolares espíritu nacional.

La causa de tal situación no se halla sólo en la misma Universidad, aunque tenga la culpa principal. Nadie, ni las Escuelas especiales de Ingeniería, le disputan el cetro de la enseñanza; pero es un edificio, que se agrieta por falta de cimiento. Como dice con razón Madariaga en su libro, el basamento de la enseñanza superior es la segunda enseñanza, que según afirma rotundamente, no existe en España, y sin embargo la Universidad la da por buena, ya que admite en su seno sin nueva selección a todos los bachilleres.

Hace varios años, en uno de los infinitos intentos que hacen casi todos los Ministros de Instrucción pública, para mejorar la enseñanza secundaria, sin lograrlo, y en medio de nuevos errores, se creó el examen universitario, en el cual formaban los Tribunales que habían de juzgar a los alumnos de los Institutos, profesores de la Universidad, la que así ejercía su tutela sobre estos conocimientos básicos, para impedir la entrada en los estudios superiores, al tropel de bachilleres incultos actuales, y quedaba establecido el buen principio pedagógico de que los exámenes, que son un mal necesario en los primeros grados de la enseñanza actual, los realicen personas que no tienen responsabilidad directa en lo que los alumnos saben. Pero la segunda enseñanza, por lo visto, no tiene remedio. Dicho intento, por lo mismo que era bueno, ha sido abandonado por desidia o comodidad, y últimamente para remediar el mal, se ha establecido un examen de ingreso en la Universidad; pero como toda buena medida no hay prisa en implantarla. No rige en el curso actual y los buenos padres de familia, que desean ver a sus hijos con carrera universitaria cuanto antes, conseguirán la prórroga indefinida de la excepción.

Este es el cáncer que mina la vida universitaria. El régimen de puerta abierta a todos los bachilleres crea una situación difícil, sobre todo en los primeros años, a las principales Universidades que se ven invadidas por una nube de escolares de ambos sexos, que toman, los más, la enseñanza a beneficio de inventario y se hallan más dispuestos a la jarana que al estudio. Es inaudito lo que cuenta Baroja en su novela *El árbol de la Ciencia*, que ocurría cuando estudiaba en la Universidad el preparatorio de Medicina. La disciplina escolar, que es automática cuando se enseña bien, se relaja en clases de centenares de alumnos que nada bueno aprenden, en las que el profesor no los llega a conocer ni de vista. La enseñanza sería requiere intimidad, que no excluye el respeto jerárquico, lo que sólo se alcanza cuando el profesor atiende a un número reducido de alumnos, sobre todo en los laboratorios.

Por eso es un error bastante general, en el que también incurre Madariaga, cuando dice, que con lo que se gasta en enseñar ciencias exactas en las Escuelas especiales se podría instalar en la Universidad Central una magnífica Facultad de Ciencias con laboratorios bien dotados y profesores bien retribuidos. Esto tendría algún fundamento si las aulas y los laboratorios de las Escuelas especiales no estuvieran siempre llenos con el máximo de alumnos que puede atender un solo profesor, y si en la Universidad no hubiera clases en que se acumulan centenares de estudiantes que amparados muchas veces en el anóni-

mo de las grandes masas cometen los mayores desmanes. En vez de reducir cátedras y laboratorios para concentrarlos, conviene multiplicar unas y otros para especializarlos y evitar que haya clases en que el número de alumnos supere a los que puede enseñar un solo profesor.

* * *

Las Escuelas especiales de ingenieros se encontraron en el mismo problema que la Universidad. La segunda enseñanza, por su deficiencia, no daba alumnos con la suficiente cultura para proseguir con fruto los estudios superiores; pero en vez de abrir alegremente sus puertas a todos los bachilleres, como la Universidad, establecieron una selección en el ingreso, ya que los estudios superiores basta que los sigan minorías selectas. ¿No es un mal grave que haya en la sociedad española legiones de abogados sin pleitos, médicos sin enfermos, etc.? Para evitarlo en la ingeniería, se estableció un período intermedio entre la segunda enseñanza y la superior de las Escuelas especiales, que dura como mínimo dos años y la selección es tan rigurosa que no llega al 5 por 100 de los presentados. No es uniforme, ni debe ser, el criterio de selección en las distintas Escuelas. En la de Caminos los exámenes de ingreso se dividen en dos grupos. En uno se reúnen los conocimientos de cultura, dibujo e idiomas; en otro los de matemáticas, deficientes a todas luces en los bachilleres, y que todavía se amplían en los estudios que se hacen dentro de la Escuela.

No voy a exponer lo que en ésta se enseña, porque desde hace muchos años se publica un Anuario que relata todos los actos de enseñanza que en ella se practican. ¿Ha tenido la curiosidad el señor Madariaga de leerlos antes de lanzar sus violentas diatribas?, sospecho que no; porque si no hubiera cambiado el concepto equivocado que tiene de las Escuelas especiales de Ingenieros, que no son como dice, castillos que amparan privilegios, guarnecidos por gentes que sólo aspiran al mezquino interés de crear escalafones y ocupar en ellos lugares ventajosos, sino todo lo contrario, puestos de honor y sacrificio, que vigilan sí, que no entre cualquiera por sus puertas, pero que están de par en par abiertas a cuantos tengan inteligencia despejada, deseo de saber y vocación, únicas recomendaciones que prosperan.

Es un error capital del señor Madariaga el creer que el ingeniero debe especializarse hasta el punto de que hubiera ingenieros sólo de Puertos, de Ferrocarriles, de Obras Hidráulicas, del cobre, de la potasa o el carbón. Nada fomenta tanto la incultura como el concentrar la atención en una sola cosa. El ingeniero, que siempre ejerce funciones creadoras, debe tener visión de águila no de topo. Por eso las especialidades han de abarcar, dentro de su unidad, amplias perspectivas de problemas científicos, técnicos y económicos. Con esta idea se trazan los planes de enseñanza de las Escuelas especiales de ingenieros, que ensanchan el espíritu de los alumnos y dan base extensa y sólida a los conocimientos, con lo que en breve tiempo adquieren el detalle necesario para ponerse al frente de cualquier industria o construcción. En puertos, en ferrocarriles, en obras hidráulicas, los problemas esenciales constructivos son idénticos y se enseñan con tal perfección en la Escuela de Caminos, por profesores de tan alta competencia, que cualquier ingeniero recién salido de la Escuela está en condiciones

de resolverlos. En recientes concursos libres de obras de ingeniería, han obtenido en buena lid el premio ofrecido ingenieros de Caminos, que acababan de obtener el título y se hallan dirigiendo las obras correspondientes. A las fantasías y reticencias molestas del señor Madariaga, opongo estas realidades más elocuentes que su vana palabrería.

En lo que estoy conforme con él, es en que el espíritu de Cuerpo nace y se fomenta en las Escuelas especiales, y si ese espíritu fuese maligno, como supone, acepto para mí la máxima responsabilidad. Durante los treinta años que he actuado en la Escuela de Caminos, especialmente en los once años que vengo ejerciendo la dirección, de lo que más me ufano es de haber logrado que los ingenieros amen la Escuela en que se forja su espíritu. No siempre ha sido así; recuerdo que hace unos años, al saludar a un ingeniero antiguo, que por méritos políticos ocupaba un alto cargo en el Ministerio de Fomento, me dijo, con ánimo logrado de ofenderme, que desde que terminó la carrera no había puesto los pies en la Escuela de Caminos. En cambio, otro de la misma época me contó, que siempre que venía a Madrid visitaba la Escuela, ya que todo cuanto había sido y era en su vida, lo debía a ella. Una de las veces, llegó en domingo y según costumbre se encaminó a la Escuela. Subió la escalinata del jardín de acceso y al encontrarse con las puertas cerradas, depositó un beso en la fachada del edificio. El antagonismo de estas dos actitudes, la una rencorosa, la otra romántica, ya no existe. Todos los que actualmente terminan la carrera salen de la Escuela vitoreándola. De tiempo en tiempo sienten las promociones la imperiosa necesidad de reunirse, y el lugar de cita es la Escuela de Caminos. Así nace y se fomenta el compañerismo, que es un sentimiento similar al amor a la familia, al terruño y a la patria, en los que hay, como en todo lo profundamente humano, algo de egoísmo; pero mucho más de espiritualidad, que nos lleva al sacrificio y hasta el heroísmo. Sé que existe una intelectualidad enfermiza que aspira a ahogar estos sentimientos, para llenar el vacío que dejan, con humanitarismos mentales sin base real. Los que tenemos cuerpo y alma de ingenieros vivimos un poco más a ras del suelo y seguimos cultivando el noble sentimiento del compañerismo, y si de algo nos lamentamos es que no sea a veces más intenso.

* * *

La Universidad y las Escuelas especiales no deben tener más tronco común que la cultura básica necesaria en todas las profesiones de primera categoría científica, técnica y social, que se debe adquirir en la segunda enseñanza, prolongación de la escuela primaria, y proseguir en todos los centros docentes superiores, especialmente en la Universidad. Cualquier otro injerto de ambas disciplinas fracasa siempre. Convertir las Escuelas especiales en facultades universitarias es tan pueril, como concentrar en un ministerio la alta orientación de la enseñanza superior. Este tema concreto se presta a amplias consideraciones.

Para librarse de la parte más enojosa de la tarea de los exámenes de ingreso, ha intentado, entre otras, la Escuela de Caminos, que la cultura matemática se adquiriera en las Facultades de Ciencias de las Universidades. Esta Escuela tiene en dichos conocimientos una tradición brillante. Son palabras de Rey-Pas-

tor, el gran matemático universitario, las siguientes:

"El hombre extraordinario que inicia en España el tránsito de la matemática del siglo XVIII a la de Gauss y Cauchy, es Echegaray. Para la matemática española el siglo XIX comienza en 1865 y comienza en Echegaray.

"La semilla de Echegaray no cayó en el vacío, sino que arraigó, produciendo un notable renacimiento matemático, que irradia en la Escuela de Caminos, cuya fama llega a su apogeo en la organización del año 65, enseñándose en sus aulas el Cálculo de Duhamel con las funciones elípticas y el cálculo de variaciones."

Y después de Echegaray han pasado por la Escuela de Caminos profesores de matemáticas tan notables como Garcini y Portuondo, para no hablar más que de los muertos.

Fracasaron estos intentos de llevar las matemáticas que necesita el ingeniero a la Universidad, a pesar de que cuenta ésta con profesores eminentes en el cultivo de la matemática pura. Ya nadie discute que esta ciencia tiene matices distintos y el mismo Rey-Pastor, al actuar de profesor en la Facultad de Ingeniería de Buenos Aires, dice, en el prólogo del curso que allí dictó, que las características de éste deben responder a la idea de que en la enseñanza de la Ingeniería la Matemática sea un medio, no un fin, por lo que, "además de los ejemplos abstractos para ejercitar los métodos aprendidos, es conveniente tratar los problemas y las magnitudes, que ha de manejar en su profesión futura, para llenar el vacío que el ingeniero salido de las aulas suele encontrar entre la Matemática abstracta y la utilidad concreta", lo cual puede hacerse sin mengua del rigor.

Actualmente, en la Facultad de Ciencias de Madrid se dan cursos de matemáticas para químicos, arquitectos y otras especialidades; así que no tiene objeto llevar a la Universidad los cursos de matemáticas, que dan perfectamente las Escuelas especiales a los futuros ingenieros, ya que, según antes hemos dicho, carece la Universidad de profesores suficientes para limitar a un máximo de treinta el número de alumnos de que cada uno se encargue, y no son, en general, mejores que los de las Escuelas especiales, que saben, por ser ingenieros, lo que a éstos les interesa conocer de las ciencias matemáticas.

Suele haber en las Escuelas especiales alumnos aficionados a la ciencia pura. El curso pasado, en la de Caminos, solicitaron algunos de éstos una ampliación de los conocimientos matemáticos, y la Dirección, dispuesta siempre a satisfacer demandas de esta clase, solicitó y obtuvo con este objeto el concurso de los profesores universitarios señores Rey-Pastor y Terradas.

Este es el modo lógico de establecer la fraternidad científica que debe existir entre los Centros docentes superiores, y la Escuela de Caminos ha estado siempre propicia a este género de colaboraciones. En el curso de 1925 a 1926 tomaron parte en un ciclo de conferencias de alta cultura científica los profesores de la Universidad de Madrid señores Plans, Álvarez Ude, Carrasco y Terradas. En el curso siguiente, los doctores Pittaluga, Marañón y Luengo, de las Escuelas de Sanidad y Medicina, disertaron sobre temas que interesan a la Ingeniería sanitaria. En 1928, Rey-Pastor, invitado por los alumnos, pronunció una conferencia acerca de la Matemática y

la Ingeniería. De un modo permanente interviene en la enseñanza de la Geología un profesor de la Universidad Central, e igualmente actúa en la de Ingeniería sanitaria un doctor en Medicina del Instituto Nacional de Higiene y la Escuela Nacional de Sanidad. En los laboratorios de la Escuela trabajan licenciados químicos, procedentes de la Universidad. En la Escuela de Caminos se dan, de acuerdo con la Escuela Nacional de Sanidad, cursillos para médicos, arquitectos e ingenieros de otras especialidades, utilizando su profesorado, sus aulas y el laboratorio de Bacteriología que posee.

Recíprocamente, el gran Echegaray fué llamado a su seno por la Facultad de Ciencias. Creó para él la cátedra de Física matemática, que la explicaba a los ochenta años, con maestría insuperable; y últimamente, varios profesores de la Escuela de Caminos e ingenieros del Cuerpo han dado en la Universidad Central sendos cursillos sobre materias científicas, técnicas y económicas.

En Congresos nacionales e internacionales, en la Asociación para el progreso de las Ciencias, en la Universidad de Verano de Santander, en el Instituto de Ingenieros Civiles y, en general, en todos los Centros de cultura de la nación laboran juntos profesores universitarios y de las Escuelas especiales de ingenieros en pro de la cultura patria.

No hay, por lo tanto, según ligeramente afirma el Sr. Madariaga, ni desunión, ni dispersión, ni corporación, ni falta de sentido corporativo, ni deformación profesional, ni mucho menos incompetencia en la actuación de las Escuelas especiales de Ingeniería. Por el contrario, brillan, sobre la incultura básica nacional, como faros de primera magnitud, gracias a su propio esfuerzo, que ha logrado vencer la pobreza del medio ambiente nacional, hasta el punto de que los ingenieros españoles gozan de merecido prestigio dentro y fuera de España. El caso de Cierva es típico. Aparte de su genio de inventor, que es don del cielo, lo esencial de su invento lo realizó en Madrid, y ha repetido varias veces que le ha bastado la ciencia y la técnica que adquirió en la Escuela de Caminos para dar cima a sus concepciones. Si luego salió de España, fué para realizar la parte material del autogiro e introducir perfeccionamientos de detalle en un ambiente industrial y económico más completo y amplio. Y una cosa análoga le ocurrió años antes al gran Torres Quevedo.

La Prensa técnica profesional creada en España por los ingenieros al calor de los Cuerpos, o por iniciativas particulares, es otra demostración tangible de cuanto vengo diciendo. Gozan nuestras publicaciones de prestigio internacional, como lo prueba la frecuencia con que reproduce, con elogio, nuestros artículos la Prensa similar europea y americana.

En su más famoso libro, *Ingléses, franceses y españoles*, estudia Madariaga, con gran sagacidad, las características de las gentes que viven en los tres países que tan a fondo conoce, y en la ocasión que estamos examinando demuestra que, a pesar de su formación espiritual internacional, no ha conseguido asimilar una virtud, común a ingleses y franceses, que es la de hablar siempre bien de su país. En cambio, se ha dicho con fundamento que si alguien habla mal de España, seguramente es español, y Madariaga, en su última obra, *Anarquía y Jerarquía*, se sienta en esto típicamente español.